

UN EPISODIO MILITAR DE LA REFORMA

Miguel A. SANCHEZ LAMEGO
Academia Nacional de Historia

EL COLEGIO MILITAR, que desde principios del año 1858 funcionaba bajo los auspicios del gobierno conservador que presidía el general Félix Zuloaga como resultado del célebre Plan de Tacubaya de diciembre de 1857, en el mes de octubre de aquel año tuvo oportunidad de agregar un nuevo lauro de honor a su ya honroso historial, cuando concurrió a la defensa de la ciudad de México, al ser atacada sorpresivamente por una Brigada constitucionalista a las órdenes del general y licenciado Miguel Blanco.

Según lo refiere este Jefe constitucionalista en sus "Rectificaciones Históricas", a mediados de junio de aquel año de 1858, no estando de acuerdo con las ambiciones del general Santiago Vidaurri, decidió separarse de sus fuerzas y al frente del Batallón de Rifleros a su mando, marchó para Jalisco en donde se hizo presente con el general Santos Degollado, General en Jefe de todas las fuerzas constitucionalistas, por nombramiento del Presidente Juárez, quien lo destinó a operar en el Estado de Michoacán a las órdenes del general Eпитacio Huerta, gobernador y comandante general de aquel Departamento.

Ahora bien, en el mes de septiembre siguiente se encomendó al general Blanco la misión de situarse con su Cuerpo y otras fuerzas de Michoacán, entre las ciudades de Celaya y Querétaro, para cortarle las comunicaciones con la ciudad de México al ejército reaccionario que por esos días se hallaba en San Luis Potosí al mando del general Miguel Miramón; unos días después se le ordenó tomara a viva fuerza la ciudad de Toluca, para lo cual sería previamente reforzado.

El 5 de octubre siguiente, el general Blanco y su sección (unos 2 000 hombres aproximadamente) llegaron a la ciudad de Acámbaro (a unos 70 kilómetros al sur de Celaya), donde debían unírseles las fuerzas del general Manuel García Pueblita que se encontraban en Zitácuaro (120 kilómetros más o menos al sureste de Acámbaro) y las del coronel Esteban V. León que operaban por el rumbo de Temascaltepec (unos 50 kilómetros al sureste de Zitácuaro). Como no se les incorporaron esas tropas, continuaron su movimiento y el 6 arribaron a Maravatío (35 kilómetros al sureste de Acámbaro), el 7 a Tlacotepec (30 kilómetros al sureste de Maravatío), el 8 a Atlacomulco (30 kilómetros al oriente de Tlacotepec) y el 9 a Ixtlahuaca (28 kilómetros al sur de Atlacomulco y 34 al norte de Toluca), en donde supieron que en Toluca había una guarnición de sólo 500 hombres con 4 piezas de artillería, al mando accidental del general graduado Gregorio del Callejo, pues el Comandante General del Departamento, general de brigada Benito Haro, había pasado a la ciudad de México por asuntos del servicio.

El día 10, ya en Almoloya (a unos 8 kilómetros al noroeste de Toluca), se les unió la Sección del general Pueblita, compuesta de unos 1 000 hombres, pero al mando del general Rómulo del Valle, pues aquel jefe había quedado en Zitácuaro curándose de las heridas que recibió en un anterior ataque a Ixtlahuaca. Ese mismo día 10, el general Blanco con todas sus fuerzas, que ya ascendían a unos 3 000 hombres con 8 piezas de artillería, pernoctó en la hacienda de Las Huertas (a unos 10 kilómetros al suroeste de Toluca), en donde esperó al coronel León, quien no se le incorporó por diversas circunstancias.

El día 11, el jefe constitucionalista no se movió de la hacienda de Las Huertas y recibió noticias del coronel León de que no se le incorporaría; por otra parte, supo que el general Haro había llegado a Toluca procedente de la capital de México con unos 500 hombres de refuerzo para la guarnición de la plaza.

El día 12 y la mañana del 13, el general Blanco efectuó algunos movimientos, invitando a su adversario, el general

Haro, a que saliera de la ciudad de Toluca para combatir en campo raso, pero este jefe conservador no se movió de aquella población y sólo se mantuvo a la expectativa.

El día 13 en la tarde, el general Blanco decidió no atacar a la guarnición de Toluca, sino llevar a cabo un golpe de audacia, atacando a la de la capital de México, que consideró era muy reducida, dados los refuerzos que había enviado a Toluca. Además, se le había indicado que al acercarse a la capital mexicana, los numerosos liberales que en ella vivían, promoverían un levantamiento y ayudarían a la captura de la plaza, con lo cual se daría un golpe de gran resonancia política en favor del constitucionalismo.

Tomada esta resolución, el general Blanco y sus tropas, hacia las 4 de la tarde de ese día 13 de octubre, rápidamente se dirigieron hacia Lerma (16 kilómetros al oriente de Toluca), pasando por el pueblo de Metepec (a unos 6 kilómetros al sureste de Toluca), y el 14 muy temprano continuaron su desplazamiento con dirección a la ciudad de México, para arribar a Tacubaya (unos 6 kilómetros al suroeste de México) este mismo día, ya entrada la noche. El general Haro, aun cuando se dio cuenta de las intenciones de los constitucionalistas, no se movió de Toluca, pues la misión que tenía, era la de conservar la tranquilidad y la paz en ese Departamento. Sin embargo, el día 16 siguiente, por orden del ministerio de la Guerra pasó a situarse en Lerma con 700 hombres y 5 piezas de artillería, dejando en Toluca una corta guarnición.

Mientras tanto, el 14 por la noche, a pesar de no haber ocurrido el levantamiento que se le había prometido, el general Blanco decidió atacar a la ciudad de México en la mañana del 15, por medio de dos columnas con las siguientes misiones: la más ligera, constituida por el Batallón "Matamoros", dos Compañías de Voluntarios de Toluca y una del Batallón de Aguascalientes (600 hombres más o menos), a las órdenes del general Rómulo del Valle, entraría a la ciudad de México por el rumbo de San Antonio Abad, es decir, por el sur y practicaría un combate demostrativo, es decir, que sólo llamaría hacia ese lado la atención de los

defensores; y la más fuerte, compuesta del resto del Batallón de Aguascalientes, el Batallón de Rifleros (coronel Mariano Escobedo), el 1º Activo de Morelia, el Batallón "Mina" del Estado de Guerrero (general Eutimio Pinzón) y el 2º de Guardia Nacional de Michoacán (coronel Nicolás de Régules) (2 500 hombres más o menos), todo al mando del general Pinzón, atacarían a fondo de frente, es decir, por el lado poniente de la ciudad.

De acuerdo con este plan, el 15 por la mañana la columna del general Pinzón ocupó con facilidad el Castillo de Chapultepec que estaba desguarnecido (los alumnos del Colegio Militar lo habían desalojado para situarse en la Calzada de la Verónica, hoy Avenida Melchor Ocampo), y dejando allí la fuerza del Batallón de Aguascalientes, continuó su avance por la dicha Calzada de la Verónica, obligando a los alumnos del Colegio Militar a retirarse hacia la Tlaxpana (punto de unión de las calzadas de la Verónica y de San Cosme); en este último lugar, el movimiento retrógrado de los alumnos del Colegio Militar fue protegido por los elementos del Cuerpo de Ambulancia que allí se hallaban y después de oponer una breve resistencia en la garita llamada de San Cosme o de la Tlaxpana, las dichas fuerzas conservadoras, ambulantes y alumnos del Colegio Militar, se replegaron hasta la iglesia de San Cosme (a unos 400 metros al oriente de la garita), los constitucionalistas avanzaron con decisión sobre de este templo y se desbordaron por el norte hacia la garita de Nonoalco, pero fueron rechazados por los defensores, sin conseguir apoderarse de aquel punto. Esa misma tarde se retiraron a Tacubaya.

Es de aclarar, que las fuerzas que atacaron directamente la iglesia de San Cosme, eran unos 800 hombres con 2 piezas de artillería y que dicho punto fue defendido por 40 ambulantes a órdenes del teniente Amado Villagrán y de 80 alumnos del Colegio Militar. Estos defensores hicieron prodigios de valor y se mantuvieron en sus puestos hasta que recibieron un oportuno auxilio, constituido por elementos del 3er. Regimiento de Caballería (general Luis Pérez Gómez) y unos 100 infantes del 1er. Batallón Ligero Permanente, con

2 obuses, esto último al mando del general Francisco Cosío. Todavía más tarde llegó al lugar del combate el general Miguel Piña con otros elementos de infantería y artillería, decidiendo la acción en favor de los defensores.

Por su parte, la columna constitucionalista del general Valle, que penetró a la ciudad por el rumbo de San Antonio Abad, pudo ocupar sin grandes dificultades las iglesias de San Pablo (esquina de las calles de San Jerónimo y del Topacio) y de la Merced (esquina de las calles de Correo Mayor y Uruguay), después de combatir con una tropa conservadora que trató de oponerse a su penetración (el general Valle resultó herido y lo substituyó en el mando de la columna el general José Justo Álvarez).

Como al rechazar el ataque de San Cosme, los conservadores pudieron contar con tropas suficientes para actuar sobre la otra columna liberal, los componentes de la columna del general Valle se vieron obligados a evacuar los puntos que ocupaban, aprovechando las sombras de la noche de ese día 15, para reunirse con el Cuartel General de sus fuerzas por el rumbo de Tacubaya. Esta evacuación la realizaron ante la presión que llevó a cabo el coronel Prudencio Mezquia, con elementos de su Cuerpo, el Batallón de Guardia Municipal.

El 16 en la tarde, el general Blanco consideró que el ataque por sorpresa había fracasado y como la guarnición defensora había sido reforzada por tropas procedentes de Toluca y de otros puntos, decidió desistir de su intento, moviendo a sus fuerzas rumbo a Los Remedios para el 17 siguiente emprender la retirada con dirección a Tlalpan (a unos 20 kilómetros al sur de la ciudad de México), en donde se mantuvo el 18, y marchar el 19 hacia Toluca por el lado sur de la serranía del Ajusco, pasando por Topilejo, El Guarda, Huitzilac y Santiago Tianguistengo. Durante su desplazamiento fue hostilizado por una División conservadora que se formó en México, fuerte en unos 3 000 hombres con 6 piezas de artillería, que se puso a las órdenes del general Miguel Piña. Más tarde, la División constitucionalista se dirigió a

Zitácuaro, en donde se disgregó dándose por concluida aquella expedición.

El ataque del general Blanco a la ciudad de México causó un verdadero estupor al presidente Zuloaga, quien personalmente se hizo cargo de la defensa y se aprestó a la lucha con las pocas tropas que pudo reunir, enviando correos extraordinarios a los comandantes generales de Toluca, Puebla y Cuernavaca, para que le mandaran refuerzos.

Fue debido a esta escasez de tropas de línea por lo que se vio en la necesidad de echar mano de los alumnos del Colegio Militar que combatieron con decisión y valor en defensa del gobierno que consideraban legal.

En ese mes de octubre de 1858, el Colegio Militar, a las órdenes accidentales del coronel de infantería Manuel Azpilcueta, segundo en Jefe, pues el general Luis Tola que era el Director no se hallaba en la capital de México, comprendía 7 subtenientes alumnos y 90 alumnos organizados en dos Compañías con 5 Oficiales:

Primera Compañía, con 2 oficiales y 43 alumnos (un sargento 1º, 4 sargentos 2dos., 8 cabos, 2 de banda y 28 alumnos).

Segunda Compañía, con 3 oficiales y 47 alumnos (un sargento 1º, 4 sargentos 2dos., 8 cabos, uno de banda y 33 alumnos).

La relación nominal de todo ese personal, tomada de la Lista de Revista pasada el 1º de noviembre de 1858 (Archivo Local del H. Colegio Militar), es como sigue:

Subtenientes alumnos: Joaquín Rivero, Nabor Martínez, Mariano Cabrera, Juan B. Álvarez, José Ma. Martínez, Martín Reyes, Roberto L. Vanderlinden.

PRIMERA COMPAÑÍA

Capitán 1º: Agustín de la Peza;

Teniente: Mariano Quintana (falleció en la defensa de San Cosme el 15 de octubre);

Sargento 1º: Alejandro Pezo;

Sargentos 2os.: Miguel Quintana, Enrique Morales (falle-

ció en la defensa de San Cosme el 15 de octubre); Jesús Jiménez, Francisco Troncoso;

Cabos: Pedro González,, Marcial Benítez, Ignacio Monterde, Antonio Velázquez, Juan Mora (falleció el 31 de octubre herido en la defensa de San Cosme); Antonio Gutiérrez, Agustín Lorenzana, Mariano Monterde;

Tambor: Jesús García;

Corneta: Agustín Alfaro;

Alumnos: Miguel Espinosa, Rafael Herrera, Antonio Flores, José de J. León, Francisco Sierra, Juan N. del Valle, Eduardo del Valle, Ventura Alcocer, Pedro Zapata, José Ma. Villaseñor, Francisco Hernández, Ignacio Falcón, José Ma. González, David Rodríguez, Luis Valle, Antonio Calderón de la Barca, Leonardo Peláez, Joaquín Romero, Rómulo Amarillas, Teodoro Quintana, Rafael Ordaz, Manuel Elguea, José Ma. Vilchis, Francisco J. Andrade, Juan Cosío y Chousal, Ignacio Barros, Manuel Guerrero, Manuel Garcilazo de la Vega.

SEGUNDA COMPAÑÍA

Capitán 1º: Francisco de P. Durán;

Tenientes: Manuel Sandoval, Antonio Palafox;

Sargento 1º: Jesús Castañeda;

Sargentos 2os.: Andrés L. Tapia, Francisco Méndez, Ignacio T. Aguilar, José P. Gallardo;

Cabos: José Ma. Carrero, Antonio Susano Anaya, Saturnino Islas, Andrés Iglesias (falleció en la defensa de San Cosme el 15 de octubre), Juan Ramírez, Felipe S. y Soltero (falleció el 16 de octubre por heridas recibidas en dicha acción), Carlos Montañó, José Ma. Romero;

Corneta: Antonio Rodríguez;

Alumnos: Modesto Yáñez, Francisco Gutiérrez, Gumersindo Otañez, Cayetano Rodríguez, Manuel Portocarrero, Silverio Portocarrero, Carlos Correa, Ramón Andonegui, José Colmenero, Pedro A. Sánchez, Agustín L. Acevedo, Ricardo y Carlos Olaeta, José Ma. Palacios, Antonio Tapia, José Yáñez, Francisco Ampudia, Luis Jaime, Manuel Lombardini, Manuel Hernández, Francisco Tellechea, Mariano Romero, Ángel Romero, José Ma. Cortés, Ignacio Salamanca, Luis Galán, Juan Segura, Pablo Galindo, José Ma. Herrera, Francisco Monterde, Miguel Aponte, José Ma. López, Francisco Caballero.

La situación del personal citado (en rigor sólo asistieron

85 al combate) en aquel hecho de armas, la detalla el parte que rindió el general Antonio Díaz de Bonilla, jefe de la línea de San Cosme, el día 19 de ese mes de octubre, cuyo documento es como sigue (copiado del que apareció publicado en el *Diario Oficial* del Supremo Gobierno, del 29 de octubre de 1858):

Línea de San Cosme
E. S.

Hubiera dado parte a V. E. oportunamente de la acción de armas del día 15 del corriente, en la línea de mi mando; pero como el enemigo no se separaba del frente, amagando de dar un nuevo ataque sobre ella, me reservé a hacerlo hasta ahora que ha levantado el campo, dirigiéndose por otro rumbo; su contenido no es otro, que la historia fiel de los sucesos, sin exageración ni omisiones.

Habiéndome presentado a V. E. a la oración de la noche del 14 del corriente, hora en que la guarnición se había puesto sobre las armas, me ordenó que en el acto me encargara de la línea de San Cosme, reuniendo la fuerza del Cuerpo de Ambulancia; en el acto me dirigí al cuartel de ella e hice reunir toda su fuerza, que constaría en número de 55 hombres; en su mayor parte reclutas, situando una avanzada de 20 hombres en la garita de la Tlaxpana y otra de 10 del Batallón de Guardia Municipal, en la garita del Calvario.

A la una de la mañana del siguiente día, recibí orden por escrito del Sr. Comandante General, para que toda la fuerza de Ambulancia marchara unida al piquete de 25 hombres de caballería de rurales del interior, a *proteger la retirada de los alumnos del Colegio Militar*, quedando yo en observación de la calzada de la Verónica y la Tlaxpana, acompañado del Sr. coronel D. Luis Carrión y de otros oficiales del mismo cuerpo.

A las 6 de la mañana regresó dicha fuerza en unión de 80 alumnos del mencionado Colegio Militar, con sólo el parque de las cartucheras, de los cuales coloqué 15 en la Tlaxpana a las órdenes del capitán D. Manuel Ma. Sandoval y del subteniente D. Mariano Cabrera en unión de 30 soldados de ambulancia, a las del capitán D. Luis Piña y teniente D. Agustín Latorre, otros 15 alumnos se colocaron en la calzada de San Rafael a las órdenes del teniente D. Mariano Quintana, que murió en el combate; y el resto, en el templo de San Cosme, a las órdenes del señor coronel D. Manuel Azpilcueta.

El teniente D. Francisco de P. Chorrúa, Comandante de

la Fuerza del Batallón de Guardia Municipal que cubría el punto de la garita del Calvario, faltando a las reiteradas órdenes que le di, para que no se separara de aquel punto, sin expresa orden mía, obedeció de preferencia la del Jefe de su Cuerpo y se retiró dejándolo abandonado a la hora en que era más importante cubrir aquella avenida. El enemigo desde las 7 de la mañana, colocó una avanzada en medio de la calzada de la Verónica, la que se tiroteó con la que yo adelanté de la fuerza de policía rural y a las 9 de la mañana se presentó con toda su fuerza, en número de 2 500 hombres, mandada por los cabecillas Blanco y Pinzón, dirigiéndose en columna por el centro de ella, y otra parte desfilando por hileras a los laterales, cubriéndose con las sementeras, hasta que habiéndose avanzado a una distancia proporcionada, mandé romper el fuego con la fuerza referida, advirtiéndole anticipadamente a ésta, que mi objeto no era el de mantener aquel punto, sino el de ir sosteniendo el fuego cuanto fuera necesario, en retirada, hasta el de San Cosme, donde se debería hacer la defensa, para dar lugar a que una fuerza competente de la guarnición llegara a sostener el combate. En consecuencia, detuve en la calzada de la Verónica al enemigo, hasta que notando que faltaban las municiones y que éste marchaba en parte en dirección diagonal hacia su derecha por el rancho de San Rafael, ordené la retirada, dirigiendo los fuegos a la derecha, a los que marchaban por dicha dirección y a retaguardia en contra del grueso que se avanzaba; *retirada que hace mucho honor al heroico valor de los alumnos del Colegio Militar y piquete del Cuerpo de Ambulancias, porque el enemigo no se atrevió a darle una carga a paso veloz, hasta que llegando a la entrada del arco del acueducto para el mencionado templo, mandé hacer alto y dirigir los fuegos sobre el enemigo que se detuvo por una hora, sin haber avanzado de las primeras posiciones de la distancia en que me seguía.*

Mi posición era muy comprometida porque luchaba contra una fuerza muy superior, compuesta de infantería, artillería y caballería, en proporción de uno a 16, sin tener yo una sola pieza y sin municiones, a la vez que se me presentó en mi auxilio el señor general D. Francisco Cosío con 100 hombres del Batallón Ligero Permanente y 2 obuses de montaña y a más distancia a retaguardia, una fuerza de caballería al mando del señor general D. Luis Pérez Gómez.

Recibido con el mayor entusiasmo este auxilio, convine con el señor general Cosío, en que situara en medio de la calzada una pieza, quien lleno del mayor júbilo la preparaba

él mismo para disparar sobre el enemigo una granada, cuando violentamente se precipitó la columna de caballería por la derecha de donde estaba situada la pieza, con el objeto de dar una carga sin mi consentimiento.

Como de antemano estaba yo bien impuesto de la colocación que había tomado el enemigo en el centro de los arcos del acueducto, comprendí que aquel temerario arrojo debía producir funestos resultados y en el acto me dirigí precipitadamente para ver si poniéndome a la cabeza contenía su arrojo; pero esto me fue imposible y mi previsión por desgracia no salió fallida, porque cuando ésta llegó donde estaba situada la infantería enemiga, como llevo dicho, y sus reservas, rompieron el fuego nutrido sobre la caballería, obligándola a contenerse y retirarse; y habiendo quedado entonces nuestra infantería imposibilitada de dirigir sus fuegos sobre el enemigo, que marchaba a retaguardia de nuestra caballería, sin que le ofendieran los fuegos de la tropa situada en el templo de San Cosme por quedar cubierta con el acueducto, logró avanzar hasta los dos arcos abiertos que dan entrada para dicho templo y cuando forzaba su ataque sobre éste, apareció por la garita el Sr. Comandante General D. Miguel Piña con una pieza de a 8, haciendo fuego a metralla en prolongación de la calzada sobre el enemigo, con lo que lo obligó a desistir de su empresa, retirándose en desorden, como expresa dicho señor en su parte respectivo.

En estos momentos se me dieron repetidos partes de que el enemigo avanzaba en parte por la derecha de la línea hacia el norte y en el acto me dirigí con 60 hombres de caballería del 3er. Regimiento Permanente y de Rurales del Interior, acompañado del Comandante de Escuadrón D. Miguel Gutiérrez que la mandaba y del Ayudante de V. E., Comandante de Batallón D. Isidoro Lavín, con el objeto de contenerlos y logré tomar posesión de la garita de Nonoalco oportunamente; la cual presta medio de defensa por tener puertas y conservar la fortificación que se construyó en la época de la invasión del Ejército Norteamericano. Hecho este movimiento, el enemigo detuvo su avance y a poco rato se retiró, bien sea porque se le presentaba este obstáculo o porque siendo rechazada su principal fuerza por la calzada de San Cosme, como llevo dicho, se vio obligado a seguir el movimiento de aquella.

En el acto di conocimiento a V. E. de la posición en que me hallaba, por medio de su referido Ayudante D. Isidoro Lavín, para sus superiores providencias y a poco rato regresó éste, diciéndome que permaneciera yo en aquel punto, en

observación del enemigo y que si se me atacaba en número que no fuera posible contener, me replegara a Santiago, dándole a V. E. repetidos avisos para reforzarlo en ese caso, a todo lo cual di el más exacto cumplimiento, después de haber visitado el mencionado punto, y de haberme puesto de acuerdo con su Comandante, el señor coronel D. Pantaleón Gutiérrez.

De todos estos pormenores di conocimiento por escrito al señor Comandante General por no tener Ayudante con quien hacerlo de palabra, quien me contestó diciéndome que me retirara del punto que ocupaba.

Remito a V. E. originales los partes del señor general D. Francisco Cosío, del Director del Cuerpo de Ambulancias, D. Francisco Miller, Comandante del punto de San Cosme, así como el *del Capitán de Alumnos D. Manuel Ma. Sandoval*, siendo muy digna de recomendación la conducta del primero, cuyo valor nunca ha desmentido por el entusiasmo y actividad con que concurrió a auxiliarme; y *el segundo, porque obsequiando a toda satisfacción mis órdenes, atendió a la defensa del edificio y a las operaciones de su profesión.*

Los Sres. Jefes y Oficiales y tropa del Colegio Militar y de Ambulancia de que antes hago mención, y los que constan en los partes particulares, son dignos de toda consideración por haberse distinguido con arreglo a lo prevenido en el Art. 18, tratado 2º, título 17 de la Ordenanza General del Ejército; así como los demás en segundo grado que sostuvieron los fuegos en el templo de San Cosme; pues como V. E. está bien impuesto, toda la fuerza de caballería e infantería que en aquel momento estuvo a mis órdenes, constaba de 160 hombres combatiendo contra 2 500; ventaja excesivamente mayor que la que señala la Ordenanza en el expresado artículo.

El señor coronel D. Antonio Daza y Argüelles que se presentó de orden verbal de V. E. en la noche del día 14 del corriente, no tuvo colocación determinada por la premura del tiempo, pero se empleó en hacer algunos reconocimientos sobre el enemigo, ofreciéndome reunir gente para colocarla, en caso necesario, en los templos de San Diego y San Hipólito; y aunque según me ha dicho, se hallaba a la presencia de V. E. a la hora en que se rompieron los fuegos; se presentó en este punto poco antes que el refuerzo que condujo el señor general Cosío y continuó prestando sus servicios en aquellos momentos.

Dirijo a V. E. el parte que me ha dado dicho Jefe, cuyo

contenido deberá entenderse bajo su responsabilidad, respecto de aquellas operaciones a que hace referencia y que no me fue dable presenciar, por hallarme dirigiendo las mías en distinto rumbo.

El Comandante de Escuadrón D. Antonio Torres, se me ofreció oficiosamente para prestar sus servicios y en la hora más apurada se me presentó oportunamente con dos cajones de parque.

El Comandante de Escuadrón D. Miguel Gutiérrez es digno de recomendación por la actividad con que sirvió desde su primer encuentro con el enemigo en Tacubaya, la tarde del día 14 y en la acción del día 15 del corriente.

Igualmente lo es el Ayudante de V. E. Comandante de Batallón D. Isidoro Luvín, que sin estar a mis órdenes me sirvió con la mayor actividad en los momentos más necesarios, como llevo expuesto.

Felicito a V. E. por el triunfo de las armas nacionales, reiterándole mi alta subordinación y respeto.

Dios y Libertad. México, octubre 19 de 1858. Antonio D. de Bonilla. E. S. General en Jefe, Presidente de la República, D. Félix Zuloaga.

El comportamiento de esos bizarros cadetes fue digno de todo elogio, muriendo en la ocasión, como se deduce de las anotaciones relativas de la Lista de Revista: el mismo día del combate: el teniente Mariano Quintana y el sargento 2º Enrique Morales de la 1ª Compañía y el Cabo Andrés Iglesias de la 2ª Compañía. El día 16, a consecuencia de heridas recibidas el 15, el cabo Felipe Sierra y Soltero, de la 2ª Compañía y el 31 de ese mismo mes, también a causa de heridas recibidas en el combate del 15, el cabo Juan Mora de la 1ª Compañía. Además, parece que resultó herido, aunque de poca consideración, el alumno Juan Cosío y Chousal.

El general Zuloaga quiso premiar el comportamiento honroso de todo el personal que asistió a aquel hecho de armas y por decreto de fecha 17 del propio mes de octubre, promovió a capitán al teniente Mariano Quintana y a subtenientes, al sargento 2º Enrique Morales y a los cabos Andrés Iglesias, Felipe Sierra y Soltero (en el periódico se le nombra Felipe S. y Rosso, tal vez por equivocación) y Juan Mora. El decreto relativo dice así (copiado del que se pu-

blicó en el diario capitalino "La Sociedad", correspondiente al jueves 21 de octubre de 1858):

"Félix Zuloaga, Presidente Interino de la República, a los habitantes de ella sabed: que en uso de las facultades con que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1º Los Oficiales y Alumnos del Colegio Militar que sucumbieron el 15 del actual en el hecho de armas que tuvo lugar en San Cosme, al rechazar a las hordas constitucionalistas que atacaron a esta capital, continuarán pasando revista en dicho Colegio como vivos, considerándoseles en el empleo inmediato.

Artículo 2º Los padres de los finados percibirán los sueldos que les correspondan, conforme al ascenso que por este decreto se les concede.

Dado en el Palacio del Gobierno Nacional de México, a 17 de octubre de 1858.

F. Zuloaga. Al Ministro de Guerra D. José M^a García."

Además, por decreto de fecha 20, también de ese mes de octubre, concedió el grado de tenientes, a los 7 subtenientes alumnos y el grado de subtenientes a todos los demás alumnos, excepto al cabo Antonio Susano Anaya, quien ascendido a teniente de infantería pasó al Ejército. A los alumnos: Eduardo Valle, Ignacio Barros, Manuel Portocarrero, Silverio Portocarrero y Carlos Correa, no se les concedió premio alguno, seguramente porque no se hallaron presentes en la defensa de la garita y del templo de San Cosme.

Por otra parte, se le concedió grado de teniente coronel al capitán de la Peza; de comandante de Batallón al capitán Durán y al teniente Sandoval y de capitán al teniente Palafox.

El general reaccionario Miguel Miramón, al tener noticia del ataque que sufría la ciudad de México, salió de San Luis Potosí con una corta fuerza de caballería en auxilio de ella y el día 20 de octubre, a las 8 de la mañana, hizo su entrada a México, cuando ya había desaparecido el peligro. Esa misma mañana, hacia las once horas, los alumnos del Colegio Militar fueron recibidos en el Palacio Nacional por el presidente Zuloaga y el general Miramón, en brillante ceremonia que uno de los redactores del diario capitalino "La Sociedad",

relató en la siguiente forma (copiado de la nota aparecida en la edición del 21 de octubre de 1858):

“Gloria al valor: Los Alumnos del Colegio Militar de Chapultepec, han recibido ayer un solemne testimonio del aprecio de las supremas autoridades de la República y de la población toda de la capital. A las 11 de la mañana vinieron armados y en columna de su cuartel de S. Cosme al Palacio Nacional, donde fueron recibidos por el E. S. Presidente General D. Félix Zuloaga. Una descubierta de batidores los precedía y les seguía una masa inmensa del pueblo, victoreándolo al son de las músicas militares. Todas las calles del tránsito estaban llenas de gente y los balcones adornados de cortinas blancas, apenas podían contener a las señoras, quienes de distintas casas arrojaron versos y ramilletes de flores al paso de la comitiva. Las campanas repicaban a vuelo y poblaban el aire millares de cohetes.

La parte del pueblo que esperaba en la plaza de Armas a los jóvenes defensores de la capital que llevaban ya al hombro izquierdo su divisa de Subtenientes, ganada en el campo de batalla, antes de que llegasen, hizo salir al balcón principal de Palacio al Gefe de Estado, quien se presentó acompañado del Gral. Miramón a quien abrazó y presentó al pueblo. Este dirigió entusiastas vivas a entreambos generales y a la causa que representan y sostienen. El General Miramón victorió al pueblo y al Ejército y su juvenil aspecto admiraba a la multitud, cuya imaginación apenas podía concluir con los pocos años del caudillo del Ejército del Norte los rasgos de energía y de ciencia militar que le han caracterizado en su corta, pero gloriosa carrera.

Los Alumnos del Colegio Militar fueron recibidos por el E. S. Presidente de la República en el salón de Embajadores, cuyo considerable espacio quedó completamente lleno de concurrencia. El General Monterde, a nombre del Supremo gobierno, dirigió a aquellos jóvenes algunas entusiastas palabras, admirando su comportamiento heroico y dándoles las gracias por él. Pocos momentos después, el E. S. Presidente presentó al General Miramón a los Alumnos y Oficiales del Ejército, diciéndoles: “Aquí tenéis al héroe, al vencedor de Ahualulco”. Entonces el Sr. General D. B. Haro tomó la palabra y a nombre de los demás Generales del Ejército, felicitó al vencedor de Carretas, Atenquique y Ahualulco, aludiendo también a la reciente defensa de la capital, en que tan activa parte tomaron los alumnos de la Escuela Militar, objeto de las entusiastas demostraciones ayer habidas. El valiente ven-

cedor de Vidaurri pronunció un corto discurso, manifestando que en el momento de saber el peligro de la capital, se había puesto en marcha para combatir en su defensa; que venía confiado en que sus dignos hermanos del Ejército sabrían tener a raya a los enemigos de la sociedad que invadieron el Valle de México y que felicitaba a sus compañeros de armas por su comportamiento y sus triunfos; finalmente, que donde quiera que hubiera peligro allí estaría él. El pueblo, el Ejército, el Supremo Gobierno y los jóvenes alumnos fueron ardientemente victoriados en el salón y los corredores de palacio y a estos gritos de júbilo correspondían los de la masa principal del pueblo, que seguía ocupando la plaza de armas. Entendemos que los alumnos fueron obsequiados por el E. S. Presidente con un almuerzo que les fue servido en una de las salas del Palacio.

Nosotros agregamos nuestros humildes y sinceros parabienes a los que esos valientes jóvenes han recogido ayer en medio de la alegría y el entusiasmo universales. Ellos, en su corta edad y cuando aún no terminan sus estudios, son ya el orgullo del Ejército y uno de los más poderosos motivos de esperanza para la sociedad mexicana, que no sucumbirá ciertamente a manos de la barbarie cuando además del buen sentido de que el pueblo le ha dado abundantes muestras, cuenta con defensores tan decididos como los alumnos de la Escuela Militar de Chapultepec.

Para concluir, se transcribe el discurso que en esa ocasión pronunció el general Mariano Monterde, ex-Director del Colegio Militar y que se publicó en el mismo diario "La Sociedad", del 21 de octubre de 1858:

Alumnos del Colegio Militar: Jóvenes valientes. No es la primera vez que el digno Cuerpo a que pertenecen ha salvado la capital de la República Mexicana:

El 15 de julio de 1840, por un hecho igual merecieron vuestros antecesores, que hoy son Generales, y a quienes está encomendado el sostenimiento del orden público y el restablecimiento de las garantías sociales, la cruz que portan y cuyo lema es: "En su juventud salvó la capital de la República". Vosotros habéis hecho más, la habéis salvado del puñal y del incendio, porque los enemigos de la patria todo lo quieren ver convertido en cenizas, para la cual no han perdonado medio alguno, mas en vuestros nobles pechos no cupo la traición ni el oro corruptor ha podido doblegaros; firmes en vuestra resolución y continuando tan leales como

hasta aquí, daréis vida a la patria, que os reconoce el importante servicio que le habéis hecho. El Supremo Gobierno os felicita y yo concluyo diciendo: "¡Viva la Nación! ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Colegio Militar!

Es curioso hacer notar que el general Monterde, en su arenga, no hizo hincapié en el comportamiento heroico que once años antes había tenido ese glorioso plantel, durante la guerra con los Estados Unidos de América; en concepto, de que era muy oportuno hacerlo, porque el general Miramón, héroe del día, en aquellos tiempos era alumno del Heroico Colegio Militar y allí recibió su bautizo de fuego, el 13 de septiembre de 1847.